

de su duelo, y el día bendito en que, levantados por medio de su protección, y acaudillados por él, podamos decir á los pueblos que nos creen borrados del globo:

«No más compasión insolente, no más orgullosos desprecios, no más vejaciones tiránicas: porque aquí está el ángel de Francia!»

## CONFERENCIA XVI

### LA NATURALEZA DEL HOMBRE

EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

Entre la tierra y el cielo, entre la materia y el espíritu, entre los reinos ascendentes del mundo inferior y las jerarquías progresivas del mundo superior, se nos presenta un sér que es á la vez especie, género, familia y reino; que resume en su naturaleza todas las perfecciones de las criaturas corporales, y comienza la perfección de las enteramente espirituales; anillo misterioso y sublime cuya ausencia haría de los seres creados una cadena sin enlace, una obra mutilada, indigna de la sabiduría del Criador. Ya sabéis que este es el hombre. El es á quien debemos estudiar ahora. Su naturaleza, su belleza, su perfección y su participación de la vida divina, serán el objeto de las conferencias que nos restan en este año.

Y en cuanto á lo primero, ¿cuál es la naturaleza del hombre? La filosofía lo define «un animal racional,» y con más elegancia, pero acaso con menos exactitud, «una inteligencia servida por órganos.» Estas dos definiciones resumen la enseñanza católica, relativa al origen del género humano. «Dios, nos dice la Escritura, formó el cuerpo del hombre del cieno de la tierra.» *Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terræ.* Inspiró en su frente el espíritu de vida, *et inspiravit in*

*faciem ejus spiraculum vite*, y quedó hecho el hombre en ánima viviente: *et factus est homo in animam viventem* (1). Lo que equivale á decir, señores, que la naturaleza humana es un compuesto de dos elementos enteramente distintos, la materia y el espíritu; que estos dos elementos están unidos de tal suerte, que forman un solo sér, una sola vida.

No á todos agrada esta definición. Harto apasionada por la materia, que ha constituido sistemáticamente el objeto único de sus estudios, pretende una escuela moderna suprimir el espíritu humano, y trasladar sus nobles funciones á ese centro de fibras y moléculas que se llama cerebro. El hombre es sin duda un compuesto; pero un compuesto puramente orgánico, que siempre fué y siempre será materia. En contra de esto, un respeto exagerado al espíritu que intentan engrandecer, ha conducido á ciertos filósofos á negar la materia, ó á no atribuirle sino una intervención muy secundaria en el compuesto humano. El espíritu habita en ella, que es todo lo que le conceden; pero las facultades superiores del hombre funcionan independientemente del cuerpo. Los unos y los otros van errados en la verdadera noción de la naturaleza humana. Vamos á defenderla, señores; y como hemos hecho otras veces, vamos á levantar nuestro edificio combatiendo el de los adversarios.

Para suprimir el alma humana es absolutamente necesario desentenderse por completo de la narración bíblica, de nuestro origen, y negar la intervención de toda causa superior y de todo acto trascendental en la formación del hombre. Y tal es el procedimiento del materialismo. Os he expuesto ya su sistema más reciente, y ha refutado los principios generales, en vir-

(1) *Genesis*, cap. II, vers. 7.

tud de los cuales pretende explicar el origen de todos los seres, mediante la transformación sucesiva de una materia primera, completamente desconocida (1). No quiero volver á refutar esos principios; pero la aplicación del transformismo al origen del hombre merece ser detenidamente examinada.

Con mayor empeño que de los demás seres, afirma de nosotros que no somos criaturas de Dios, pues procedemos de la ramificación de un animal antropoideo que llegó, mediante una larga serie de transformaciones en los órdenes superiores de los vertebrados, á una perfección próxima á la nuestra. Si se considera, dicen los partidarios del origen materialista del hombre, «que en todos los seres vivientes las leyes fundamentales de la vida son idénticas é inmutables; que no sólo el punto de partida de los vertebrados es el mismo para todos, sino que su desenvolvimiento original se realiza en condiciones análogas; que por todos los lados de su conformación la especie humana está ligada y unida estrechamente con el mundo orgánico que la rodea; que por todas partes obedece á las mismas leyes orgánicas en la forma, en la organización, en las funciones y en la reproducción; que en la estructura de los huesos del cráneo, del cerebro, en la formación de la mano y del pie, de los dientes, de los músculos, de las vísceras... en una palabra, que en el mono y en el hombre todo se funda en los mismos principios y tiene los mismos fundamentos; y que las diferencias que separan al hombre del gorila y del chimpancé, son menores que las que median entre el gorila y los monos inferiores» (2), «basta entonces descubrir en la naturaleza una ley que haya producido las especies y las familias de los animales, para que no pueda dudarse racionalmente que el hombre trae su origen del mono, que se ha transformado sucesivamente, ó, por lo menos, que desciende, como

(1) Véase la Conferencia XIII: *Origen del mundo*, primera parte.

(2) Büchner: *El hombre según la ciencia*.

los monos, de un origen primitivo común» (1). Ahora bien; esta ley se ha hallado ya, es la selección natural, la concurrencia vital, la correlación de los crecimientos, la selección sexual, en una palabra, el transformismo. Luego «no se debe vacilar en decir que el hombre puede pertenecer exclusivamente al puro orden de los monos, tomada esta palabra en toda su extensión» (2). Mucho más «cuando su dentición y sus narices nos muestran que es una ramificación de la familia de los monos del antiguo mundo, y que respecto de su origen debe colocarse en la división de los monos catarrinos» (3).

Vosotros sabéis, señores, lo que se debe pensar de la pretendida ley de la transformación de las especies; la ciencia os ha probado que no se apoya sobre hecho alguno que pueda justificarla. Faltando esta ley, las relaciones que se observan entre el hombre y los animales que más se acercan á su configuración, no prueban nada absolutamente respecto de su origen común. Se puede aún estrechar más á los darwinistas, y mostrarles que las analogías por ellos señaladas están más que compensadas por las diferencias características que distinguen la especie humana de todas las especies animales.

El mono es trepador: todo su aparato de locomoción se ordena á este fin; sus pies son prensiles como sus manos. No se tiene derecho, sino con esfuerzo y siempre en línea oblicua, en lo cual se echa de ver un equilibrio violento. Su cabeza se inclina naturalmente hacia la tierra, á pesar del poderoso ligamento cervical que la levanta, y nos revela una bestia que halla la satisfacción de sus apetitos acá en la tierra. El hombre, al contrario, anda naturalmente en posición vertical (4). Se comprende, al verlo derecho, que está or-

(1) Huxley, citado por Reusch: *La Biblia y la naturaleza*, lección XXVII.

(2) Büchner, en la obra citada.

(3) Darwin: *El origen del hombre*. (*The descent of man*.)

(4) Cf. De Quatrefages: *Rapport sur les progrès de l'antropologie*, pág. 444.—Cf. *Histoire de l'homme*, parte III, págs. 81 y 82.

ganizado para esta manera de andar (1). Sus pies, sólidamente asegurados, se apoyan sobre la tierra, sin vencer los arcos que los protegen contra la comprensión; los músculos de sus miembros inferiores tienen doblada potencia, para impedir al tronco inclinarse hacia adelante; su columna vertebral se introduce profundamente en la pelvis; sus vísceras, artísticamente pesadas y distribuidas, se prestan sin dificultad al equilibrio establecido; su cabeza se conserva derecha mirando horizontalmente sin necesidad de fuertes ligamentos para conservarla en esta posición: tanta es la precisión con que se halla colocada sobre la columna que la sostiene, y tan naturalmente equilibrada en la parte superior del edificio. Sin duda que no es ésta la actitud bestial del mono (2), sino el continente sublime cantado por el poeta:

Os hominis sublime dedit cœlumque tueri

Jussit et erectos ad sidera tollere vultus (3).

Mirad también la mano del hombre, tan flexible y perfecta, verdadero compás de geometría, maravillosamente adaptado á los fines de la inteligencia. Mirad sobre todo la cabeza, donde reside, ó á lo menos donde se manifiesta más gloriosamente, la potencia que abre

(1) De todos los seres de la creación, sólo el hombre está organizado para la estación vertical, sólo él anda naturalmente derecho; ésta es un carácter esencial que le separa evidentemente de todos los animales. La posición vertical en el hombre resulta de la conformación especial del esqueleto y del equilibrio establecido, no solamente en la acción de los músculos, sino también en los pesos de los diferentes órganos espláncicos, (Godron: *De l'espèce et des races*, tomo II, páginas 119 y 120. Edición de 1859.)

(2) La manera con que la cabeza se articula en la columna dorsal, obliga al hombre á mantenerse derecho; mientras que en el mono esta articulación es de tal suerte, que le obliga á echar la cabeza hacia atrás, cuando anda derecho, para mantener el equilibrio de su cuerpo; así he notado muchas veces que el gorila no puede guardar, sino por muy poco tiempo, la actitud vertical. (Du Chaillu: *Voyages et aventurés dans l'Afrique équatoriale*, pág. 421. Edición de 1868.)

(3) Ovidio.

entre el hombre y la bestia un abismo insondable. Luego nos ocuparemos de esta potencia; por ahora contentaos, señores, con saber que su tabernáculo material es por sí sólo una protesta enérgica contra las afirmaciones del transformismo. Un sabio anatomista ha querido llevar á cabo el estudio de comparación entre el cráneo del mono y el cráneo humano; al efecto ha reunido las muestras de todas las razas; ha estudiado con la más minuciosa atención las relaciones y las diferencias; ha notado las protuberancias y las depresiones; ha tomado millares de medidas, y no hallando ya en toda la serie de los mamíferos un vacío que pueda compararse, siquiera remotamente, con el que separa al mono del hombre, termina su estudio con estas notables palabras: «Hemos llegado á conocer que el tipo humano es como una isla solitaria, que no está unida por ninguna parte á la tierra vecina de los mamíferos» (1).

No sólo el mono se diferencia del hombre por su estructura, sino también por el orden de su desarrollo: desarrollo de la capacidad del cráneo, desarrollo de su peso, desarrollo del ángulo facial, desarrollo de los pliegues y circunvoluciones del cerebro; en el hombre y en el mono todo se presenta en un orden enteramente inverso y opuesto á la ley establecida de que todos los seres análogos se desarrollan de una manera semejante, de suerte que se podría establecer este principio antitético, á saber: que las semejanzas entre el hombre y el mono proceden de sus diferencias (2). Es

(1) Aeb: *Les formes du crâne de l'homme et des singes*. Véase también al abate Lecomte: *Le Darvinisme et l'origine de l'homme*, segunda parte.

(2) Véase á Pruner-Bey, *Bulletin de la Société d'Anthropologie* (1861, pág. 526).—Quatrefages: *Rapport sur les progrès de l'anthropologie*, pág. 246.

• Es una ley sin excepción en historia natural que los seres semejantes se desarrollan de una manera semejante. Toda excepción de esta regla constituye una verdadera anomalía sin ejemplo, un verdadero prodigio. Mas este prodigio se ha verificado respecto del hombre... Así, los pliegues en el cerebro de los monos aparecen desde luego sobre los lóbulos inferiores, y más

imposible, señores, desconocer estas diferencias. Y por más que los transformistas pongan bien cuidado en atenuarlas, llamando en su apoyo á los más viles representantes de la humanidad, confiesan, sin embargo, que son enormes (1); pero con todo, no se desaniman, y no obstante los mentis solemnes recibidos del hombre prehistórico (2), en que intentaban apoyarse, esperan resignados á que la ciencia haya exhumado algu-

tarde sobre los lóbulos frontales. En el hombre sucede lo contrario: los pliegues frontales aparecen primero, y los inferiores después. Resultan de esto diferencias perpetuas durante la vida del feto; el hombre, desde este punto de vista, se presenta como una excepción irresoluble. • (Gratiolet: *Revue des cours scientifiques*, tomo I, pág. 191.) Véase también al abate Lecomte: *Le Darvinisme et l'origine de l'homme*, p. II.

(1) «Las diferencias entre el cráneo del hombre y el del gorila, son enormes; y las que existen entre el hombre y el mono del orden superior; aún son considerables: cada hueso particular del gorila tiene señales tan peculiares, que le distinguen fácilmente del que le corresponde en el cuerpo humano.» (Huxley, citado por Reusch: *La Biblia y la naturaleza*, pág. 459.)

• Guardémonos, pues, de acortar la distancia anatómica entre el hombre y los mamíferos más próximos á él. Esta diferencia es tal, que con dirigir una simple mirada sobre una parte cualquiera algo notable del cuerpo, por ejemplo, del esqueleto, le basta á un anatomista práctico para distinguir el hombre de un animal.» (Büchner: *El hombre según la ciencia. ¿Quién somos nosotros?* pág. 166.)

(2) Los principales restos humanos en que se apoyan para afirmar que el hombre descende del mono, son: *El cráneo de la caverna de Engis*, 1833 (cerca de Lieja), los *cráneos de Cro-Magnon*, 1868 (Dordaña), de *Solutré* (en Macon), de *Bruniquel* (en Tarne y Garona), de *Menton* en 1872, de *Eguisheim*, 1866 (Alto Rhin), de *Borrey* (en Dinamarca), y el de *Neanderthal*, 1866, cerca de *Elberfeld* (en Alemania).

Todos estos cráneos pueden reducirse á los de las razas actualmente existentes.

El cráneo de *Engis* es, según Huxley, un hermoso tipo medio de cráneo humano, que lo mismo pudo haber sido el de un filósofo, que haber servido de receptáculo al pensamiento inculto de un salvaje; y por esto es quizás el más antiguo de los cráneos fósiles, y se remonta á la edad del *Ursus spelæus*.

Los cráneos de *Cro-Magnon* (de la edad del oso grande ó del mammoth) han sido igualmente designados por M. Pruner-Bey como *mongoloides, dolicocefalos* y de *gran cerebro*.

Los cráneos de *Solutré* (de la edad del oso grande, del mam-

nos centenares de cuadrumanos fósiles, sobre los cuales pueda el naturalista discurrir á sus anchuras (1). Esperan, sobre todo, hallar algún día, en las capas

muth y del reno), pertenecen á una raza análoga á la de los Esquimales y de los lapones.

Los cráneos de *Bruniquel* tienen un ángulo facial que no difiere en nada del de los habitantes actuales de los mismos climas.

El cráneo de *Menton* (de la edad del rinoceronte *Tichorinus*, del *Urens spelæus* y del *Felis spelæa*), es dolicocefalo, su ángulo facial no parece inferior al de las razas humanas de más inteligencia.

El cráneo de *Epnusheim* (de la edad del mammoth), se aproxima al de *Neanderthal*.

El cráneo de *Neanderthal* (de la edad del mammoth), es el que ha metido más ruido; se ha invocado particularmente como dotado de caracteres de mono por el enorme desarrollo de las órbitas de los ojos y la forma deprimida de la caja del cráneo. Pero, según M. Pruner-Bey, que ha hecho un molde del interior de este cráneo, es preciso reconocer que el cerebro del hombre de *Neanderthal* es de un volumen superior al volumen medio de el del hombre moderno, y que toda la superficie de su encéfalo, sin excepción alguna, está formada según el tipo humano.

En una palabra: todas las experimentaciones hechas sobre los restos del hombre prehistórico confirman esta conclusión de Aebry: «Es de notar que aun respecto de los tiempos más remotos no se han hallado todavía formas que no existan actualmente. Libre es, pues, cualquiera que crea como verdadera la teoría descendencial, de hacer una aplicación lógica al hombre; pero deberá con todo eso renunciar á invocar en favor de su hipótesis ni un solo hecho sacado de la historia de la humanidad, áun la más remota que hasta ahora conocemos.»

Véase á Pozzy: *La terre et le récit biblique de la création*, lib. III, cap. XI; al abate Lecomte, obra citada más arriba, art. 3, segunda parte, § 6.º

(1) «No hemos hojeado todavía, en el gran libro de la naturaleza, ni una sola página en que fundar alguna esperanza de hallar los restos de los amillos que nos faltan. La fauna de los monos antropoides son las regiones tropicales de África y las islas de Borneo y de Sumatra; regiones que, á decir verdad, nos son enteramente desconocidas respecto de los mamíferos pliocenos y post-pliocenos.»

«Algún día, en lo sucesivo, cuando se hayan desenterrado centenares de especies de cuadrumanos fósiles, podrá el naturalista discurrir con seguridad acerca de esta materia; al presente debemos limitarnos á esperar con paciencia, y á no abandonar nuestro juicio respecto de la transmutación, á la influencia de esta carencia de pruebas.» (Lyell: *La antigüedad del hombre*.)

inexploradas el famoso antropoideo que fué nuestro antepasado inmediato; esta esperanza en lo desconocido es tan poco científica como posible; por cuya razón, señores, debemos atenernos á los datos experimentales que distinguen tan abiertamente al hombre del bruto.

Sin embargo, confieso que, si no me fuera necesario violentar la Escritura, forzar las definiciones de la Iglesia (1), y ponerme en contradicción con toda la teología, me costaría muy poco conceder que el tierno de la tierra empleado por Dios para la formación del cuerpo humano ha recorrido sucesivamente todo el reino animal, y que no ha tomado su forma definitiva sino después de una larga serie de evoluciones; pues, al fin, esto no es imposible. Mas sería necesario que los transformistas me concediesen, por su parte, un acto trascendental, creador del alma, para que pudiesen existir en el hombre los dos elementos de que se compone, y esto es precisamente lo que me niegan; pues pertenecen, en su mayor parte, á esa escuela abyecta que afirma que el hombre procede del bruto, porque en último resultado no es más que una bestia. La materia es la que produce en él ese conjunto de efectos que llamamos, en su estado de unión, espíritu, alma y pensamiento. El alma es el producto de las metamorfosis, y de una composición extraordinaria de

(1) *Primi parentes immediate a Deo conditi sunt.*—Tal es la proposición del P. Perrone, la cual califica á continuación de esta manera: «Hæc propositio de fide est, ubi constat ex Cone. Lateranensi IV, cap. Firmiter... Dum vero dicimus prolo parentes immediate a Deo conditos esse, significamus totum hominem, tum quoad corpus, tum quoad animam, adversus eos qui saltem corpus primi homines ex causis naturalibus, v. gr., ex terre limo, fangorum instar protulisse affirmant. (Prælect. Theol., in commentum redactæ, De homine.)»

Santo Tomás no está menos expreso sobre este punto. En la *Summa Theol.*, I.º p.º q.º 91, art. 2.º: *Utrum corpus humanum sit immediate a Deo productum?* termina así: «Quia igitur corpus humanum nunquam formatum fuerat, cuius virtute per vim generationis aliud simile formaretur, necesse fuit quod primum corpus hominis immediate formaretur a Deo.»

la materia (1); el conjunto de sus facultades es el resultado de las funciones encefálicas, según el dogma de la ciencia moderna, que no admite ni propiedades ni fuerza sin materia, ni materia sin propiedades ó fuerzas (2). Notad, señores, que esos apóstoles de la experimentación, esos heraldos del progreso, no han dado un paso de cien años acá. En suma, repiten lo que decía Cabanis (3), el cual copiaba servilmente á los filósofos del siglo XVIII. No admiten el alma, porque escapa, dicen, á sus investigaciones. Pues qué, señores, ¿no veis el alma? No habéis mirado bien. Yo la he visto, yo la veo todos los días, no en los sueños de mi fantasía, sino en el análisis científico de una de sus operaciones. Causa verdaderamente lástima ensalzar tanto la experiencia y engafiarse hasta el punto de tomar un simple vector por una causa. ¡Ah! Si el alma silenciosa no se manifestase sino por los fenómenos puramente fisiológicos y por los instintos de la vida animal, comprendo que no alcanzaseis su existencia; pero ¿no la oís venir ante vosotros y declararos lo que ella es en la poderosa acción de los discursos? Nos llenáis de injurias á vuestro placer, cuando nosotros intentamos, ya como filósofos especulativos, ya como teólogos, estudiar al hombre y determinar su puesto en el mundo; nos acusáis de no sospechar siquiera que existan los hechos en cuestión, ni las leyes reales de la naturaleza (4). Pues bien, yo os devuelvo vuestros des-

(1) Buchner: *Fuerza y materia*, cap. *Cerebro y alma*.

(2) Littré: *Dictionnaire de Médecine*, en la palabra *Alma*.

(3) «El cerebro es el órgano particular destinado á producir el pensamiento, como el estómago y los intestinos á hacer la digestión. Los alimentos se reciben en el estómago con sus cualidades propias, y salen con cualidades nuevas. El estómago digiere. Así llegan al cerebro las impresiones por la mediación de los nervios; esta viscera se pone en acción, obra sobre ellas y las convierte en ideas; de lo cual podemos inferir con la misma certeza que el cerebro digiere, en alguna manera, las impresiones y hace orgánicamente la secreción del pensamiento.» Cabanis: *Rapports du moral et du physique de l'homme*, tomo 1, página 152.)

(4) Buchner: *El hombre según la ciencia*.

precios y os acuso, á mi vez, de no saber siquiera lo que es el dón de la palabra, resultado auténtico y revelador del alma humana. Si no veis en ella más que sonidos y articulaciones labiales, dentales, paladales y guturales, es por sobrada ignorancia ó demasiada ceguera. En nombre de vuestros principios, yo os invito y os cito á hacer un análisis, y afirmo que después de este análisis será imposible que no veáis al alma, tanto en lo expresado por la palabra, como en los efectos que ésta produce. El análisis os repugna, si no es hecho con el auxilio de vuestros instrumentos. Pues bien; yo analizaré por vosotros.

El hombre habla, señores, y le oigo decirme: «Yo veo, oigo, gusto, toco, siento y vivo.» ¿Cuál es la causa de todas estas cosas? ¿Es la materia? Si se me responde afirmativamente, pregunto á la materia: ¿por qué no vive ella en todos los lugares y en todos los tiempos? Pues, como dice Santo Tomás, es evidente que si la materia fuese el principio de la vida, todo cuerpo sería viviente ó principio de vida (1). Y, sin embargo, yo me encuentro á cada paso con cuerpos inanimados. Luego la vida no es esencial á la materia, porque ninguna cosa puede carecer de lo que esencialmente le pertenece. Mas si la vida no es esencial á la materia, ¿de dónde viene la vida á la materia, sino de una fuerza superior á ésta, de una fuerza añadida que le comunica propiedades que ella no tiene? El materialismo tiene miedo á esta fuerza (2); y, sin embargo, es

(1) «Manifestum est enim, quod esse principium vite vel vivens, non convenit corpori ex hoc, quod est corpus: alioquin omne corpus esset vivens, aut principium vite; convenit igitur alicui corpori, quod sit vivens, vel etiam principium vite per hoc, quod est tale corpus. Quod autem est actu tale, habet hoc ab aliquo principio, quod dicitur actus ejus. Anima igitur, quæ est primum principium vite, non est corpus, sed corporis actus: sicut calor qui est principium calefactionis, non est corpus, sed quidam corporis actus.» (*Summa Theol.*, I, p. q. 75, art. 1.)

(2) «Si la ciencia se viese precisada á reconocer una fuerza vital, veríamos caer, derribado con el mismo golpe, nuestro principio de la universalidad de las leyes de la naturaleza y de la invariabilidad de la constitución mecánica del mundo; nos

preciso que la acepte, so pena de contradecir al hecho más evidente que existe en el mundo.

La palabra nos dice, pues, que hay en el hombre una fuerza superior á la materia. Esta fuerza, ¿es una simple propiedad que subsiste con la subsistencia de la materia, ó tiene subsistencia propia? La respuesta á esta cuestión, señores, es el *yo* que se afirma á sí mismo en todas sus operaciones. Nosotros decimos: yo veo, yo oigo, yo gusto, yo toco, yo siento, yo vivo, y por estas expresiones, indicamos un sér que no conoce los cuerpos ni las impresiones que recibe de ellos, sino precisamente porque él no es ni cuerpo ni sentido. Si estuviera materialmente determinado para ver, no podría oír; si estuviera materialmente determinado para oír, no gustaría, y así de los demás; siendo exclusiva como lo es toda determinación orgánica (1). Si obrara sólo mediante una modificación orgánica, como el animal, podría ver, oír, tocar, gustar y sentir, pero no referir á un mismo principio las impresiones que ex-

veríamos en la necesidad de conceder que una mano, una potencia superior interviene en el trabajo de la naturaleza, para crear las leyes excepcionales que se sustraen á todo cálculo; sería esto abrir una brecha en el edificio puramente natural del mundo; la ciencia se vería reducida á dudar de sí misma, y se habría concluido con el estudio de la naturaleza y del alma. (Büchner, citado por Hettinger, *Apología del Cristianismo*, tomo 1, pág. 102, edición de LA PROPAGANDA CATÓLICA.)

(1) Respondeo dicendum quod necesse est dicere, id, quod est principium intellectualis operationis, quod dicimus animam hominis, esse quoddam principium incorporeum et subsistens.

Manifestum est enim, quod homo per intellectum cognoscere potest naturas omnium corporum. Quod autem potest cognoscere aliqua, oportet, ut nihil eorum habeat in sua natura: quia illud quod inesset ei naturaliter, impediret cognitionem aliorum. Sicut videmus, quod lingua infirmi, qua infecta est chole-rico, et amaro humore, non potest percipere aliquid dulcis, sed omnia videntur ei amara. Si igitur principium intellectuale haberet in se naturam aliquam corporis, non posset omnia corpora cognoscere. Omne autem corpus habet aliquam naturam determinatam. Impossibile est igitur, quod principium intellectuale sit corpus et similiter impossibile est, quod intelligat per organum corporeum: quia natura determinata illius organi corporei prohiberet cognitionem omnium corporum. (*Summa Theol.*, I p., q. 75, art. 2.)

perimenta, ni pasar del conocimiento distinto y particular de estas impresiones al conocimiento objetivo de los cuerpos que las producen (1). Mas nosotros conocemos todos los cuerpos y sus impresiones al mismo tiempo y en el mismo *yo*; luego este *yo* no está materialmente determinado; luego este *yo* no tiene nada común con los cuerpos; luego este *yo* no se afirma á sí mismo, sino porque subsiste en sí mismo.

¿Queréis otra prueba más contundente aún de su subsistencia? Vedla aquí. El hombre dice *yo* en todas las fases de su existencia. El niño irreflexivo y descuidado, cuya viva imaginación revolotea como una mariposa sobre las primeras flores de la vida, dice *yo*; el adolescente que ve abrirse delante de sí diversos caminos de la vida, de los cuales debe elegir uno que guiará sus pasos, dice *yo*; el joven que peligra en el combate y clama á Dios diciendo: «¡Oh Dios mío, salvadme, porque voy á perecer!» dice *yo*; el hombre maduro que empieza á comprender la vanidad de las cosas humanas, y escucha atento los apresurados pasos de la eternidad, dice *yo*; el anciano que por algunos años llora sus faltas, y confiado en la misericordia de Dios espera cada día el fin de sus miserias, dice *yo*; *yo*, siempre *yo*, el mismo inmutable *yo*. Ciertamente que tengo conciencia de mi identidad, y no obstante me mudo á cada minuto. Aseméjase la materia, en su perpetuo movimiento, á un río que corre rápidamente, sucediendo una onda á otra onda, por más que la ciencia puede determinar matemáticamente el día en que no quedará un solo átomo de lo que ahora soy. A pesar de esto, digo siempre *yo*, y lo diré siempre. Afirmación que sería imposible si no hubiera en mí más que la materia; porque en la sucesión continua de los elementos que me componen, perdería infaliblemente la conciencia de mi identidad. No podría conservar esta conciencia sino en cuanto una sustancia inmóvil ve pasar la corriente de mi vida, y une en su inmuta-

(1) Cf. *Summ. Theol.*, I p., q. 75, art. 3: *Utrum anima brutorum sint subsistentes?*

ble simplicidad la onda que empieza con la que termina.

Seguidme todavía, que no hemos llegado aún al término de nuestro análisis. Acabo de nombrar la simplicidad, que es una cualidad de la fuerza sobreañadida á la materia, que se manifiesta en la palabra por esta sola expresión: *yo pienso*. Yo pienso y veo en mí mi pensamiento. Lo veo bajo una forma que nada tiene de sensible, y que no puede explicarse sino por la simplicidad de lo que veo dentro de mí. Si mi pensamiento es una función de la materia, ¿dónde está? ¿En el cerebro? Pero el cerebro es una masa compuesta de una infinidad de fibras y de moléculas, cuya función general se divide en una infinidad de funciones. Si mi pensamiento está todo entero en cada una de las moléculas, debo verlo tantas veces cuantas son en número las moléculas; mi individualidad se multiplicará tanto como ellas, y el hecho de conciencia que me atestigua mi unidad, estará en contradicción perpetua con mi esencia. ¿Diréis acaso que mi pensamiento no se recibe sino en una sola molécula? Pues una de dos: ó concebís esta molécula privilegiada como divisible, y entonces retrocedéis ante la dificultad sin resolverla, ó la reconocéis como indivisible, y entonces llegáis al punto á que yo quiero conducirlos: á un principio simple, que no puede confundirse con un órgano. ¿Se divide mi pensamiento, en toda la masa cerebral, en tantas partes cuantas son las moléculas de ellas? Pues entonces se contradice á sí mismo, puesto que se me presenta como simple é indivisible. Yo no veo, ni puedo ver las fracciones de la *justicia*, de la *honestidad* y del *deber* que concibo; y no obstante, debería verlas, si estas cosas fueran materialmente divisibles y divididas en el principio pensador.

Prosigamos adelante, señores. Mis ideas se combinan entre sí, y forman con su unión otras unidades intelectuales que llamo juicio y raciocinio. Yo digo: «El mundo es una armonía, este hombre no es bueno; esto es un juicio. Enlazo dos proposiciones, de las cuales la primera, más general, contiene en parte á la segun-

da, y de aquí deduzco una conclusión; esto es un raciocinio. El juicio y el raciocinio suponen una conveniencia ó una inconveniencia percibidas. Mas estas conveniencia y inconveniencia no pueden ser percibidas sino por un principio idéntico y comparador, que posea simultánea y enteramente las ideas ó las proposiciones sobre las cuales quiere juzgar y discutir. Este principio idéntico y comparador, ¿es la materia cerebral? No, porque toda modificación recibida en la materia excluye la existencia simultánea de otra modificación. Si tomo un poco de materia y hago de ella un cubo, es claro que este cubo desaparecerá totalmente, si de la misma materia quiero construir una esfera: uno y otra se excluyen mutuamente. Lejos de ser apta la materia para juzgar de la conveniencia ó de la inconveniencia de dos ideas coexistentes, mediante una comparación, no puede poseer una sin que la otra haya totalmente desaparecido. El principio idéntico y comparador que juzga y raciocina es, pues, un sér simple que nada tiene de común con la materia.

Lo habéis nombrado ya, y se llama inteligencia; la palabra que nos ha revelado hasta aquí su subsistencia y su simplicidad, nos revelará ahora su potencia creadora. No puede analizarse la frase más corta de los discursos humanos, sin dar con palabras que expresan una idea general y abstracta; esto es, una cosa que no existe realmente en la naturaleza, y por consiguiente que no puede causar ninguna impresión en la materia. Este cuerpo, este árbol, este animal, este hombre, obran mediata ó inmediatamente sobre mis órganos y los modifican transitoriamente; mas el cuerpo, el árbol, el animal y el hombre en general, el género y la especie, que yo veo continuamente dentro de mí, y que se introducen á cada paso en mis discursos, ¿dónde están? Si la materia fuera el principio de mis conocimientos, me representaría, de una manera fugitiva, las imágenes particulares de objetos particulares también; pero en ellas ni vería jamás ni podría expresar con la palabra cosas que carecen de imágenes; ideas generales que no representan ningún indi-



viduo determinado; ideas abstractas, fundadas en simples relaciones, como el orden, la belleza, la virtud, el deber, el honor; ideas puramente metafísicas que se ciernen en un mundo á cuyas puertas expira toda imaginación, como lo necesario, lo posible, lo absoluto, lo indefinido, lo infinito. Si yo veo estas ideas y las expreso, es prueba, dice Santo Tomás, de que mi inteligencia es una forma absoluta (1); pero es más, señores, es una prueba de que mi inteligencia es una fuerza creadora.

La materia puramente pasiva no recibe sino impresiones particulares, transmitidas por los órganos á la facultad de sentir, que nos es común con los animales.

Excitada por la sensación, la inteligencia, actividad fecunda, pasa al conocimiento de los objetos externos, reflexiona, abstrae, generaliza, se eleva hasta las razones eternas de las cosas, y adquiere ideas: estas forman su familia sagrada, y son los hijos de sus trabajos, y con más razón que Cornelia puede decir mostrándolas en sus discursos: «He aquí mis joyas.»

Cuanto más vamos adelantando en nuestro análisis, tanto más vemos á la materia someterse á un elemento dominador; mas ved aquí una última revelación que acaba de dispar las insolentes pretensiones del materialismo. En los discursos del hombre se oye á cada paso esta palabra extraña: *Yo quiero*. ¿Es ésta la expresión de una actividad mecánica, regulada por leyes inflexibles á las cuales, según el dictamen de la ciencia, no puede sustraerse la materia? No, señores; es la expresión de una actividad espontánea que se determina

(1) «Anima igitur intellectiva est forma absoluta, non autem aliquid compositum ex materia et forma. Si enim anima intellectiva esset composita ex materia et forma, forme rerum reciperentur in ea, ut individuales. Et sic non cognosceret, nisi singulare: sicut accidit in potentiis sensitivis, que recipiunt formas rerum in organo corporali. Materia enim est principium individuationis formarum. Relinquitur ergo quod anima intellectiva, et omnis intellectualis substantia cognoscens formas absolute, caret compositione forme et materie.» (Cf. *Summa Theol.*, I p. q. 78, art. 5.)

á sí misma, después de una elección libre. En vano se trata de persuadirme que mis determinaciones están sujetas á la fatalidad; porque estoy irresistiblemente convencido de que yo me determino, porque así lo quiero con mi libre voluntad. La libertad tiene en todas las lenguas un nombre que no se borrará jamás, y en todas las conciencias un grito que no podrá ser ahogado: *¡Yo quiero!* El acto expresado por esta frase demuestra, hasta la última evidencia, que toda una serie de operaciones se sustrae en mí á la acción de la fuerza mecánica y fatal de la materia. ¿Podría yo mudar á mi albedrío tal ó cuál de mis acciones, si fuera la materia el único principio agente de mi naturaleza? Yo no digo á mi estómago que no segregue el jugo gástrico, ni á mi hiel que no segregue la bilis, ni podría decir á mi cerebro que no segregase el pensamiento, si éste fuera el resultado de las funciones encefálicas. Pero, señores, yo pienso, porque quiero pensar; yo cambio de pensamiento como me agrada; yo entro y salgo por el tejido de las fibras y de las moléculas en que se pretende aprisionarme, y por todas partes encuentro libre el paso; yo lo domino. La fuerza superior, subsistente, simple, creadora, lanza este grito victorioso: «¡Soy libre en la materia esclava!»

Es libre, por consiguiente responsable; por eso oímos al hombre decirse á sí mismo: «Estoy contento, he obrado bien; me arrepiento, he obrado mal.» Nada más extraño, nada más absurdo y monstruoso que estos testimonios, tantas veces repetidos, de la conciencia humana, en el sistema de los que atribuyen á la materia el origen de todas nuestras acciones. ¿Es la infeliz dueña de estas secreciones? Si halláis que ha obrado mal alguna vez, echad la culpa á la odiosa necesidad que ordena sus movimientos; pero respetadla en la abyección del crimen como en las glorias de la virtud. No habiendo en ella ni crimen, ni virtud, ni abyección, ni gloria, el desprecio es una injusticia y la admiración una necesidad. En todas nuestras acciones no nos correspondería sino la indiferencia; pues todo está en orden, porque todo sucede según la ley. Tal

es, señores, el lenguaje que debería usar la humanidad materialista; pero, por la misericordia de Dios, la conciencia indignada protesta en todos los idiomas contra la confusión y trastorno de las nociones que son el fundamento de toda sociedad. En todas partes, áun en los pueblos de corazón pervertido y que abuelven de las iniquidades más repugnantes, oímos proclamar esta máxima fundamental del orden moral: *Declina à malo et fac bonum*: «apártate del mal y obra el bien.» En todas partes nos revela el lenguaje humano, superior á la materia esclava de las leyes físicas, é irresponsable, un principio libremente sometido á leyes superiores, y responsable de sus acciones ante el tribunal de la conciencia.

Podría yo nombrar aquí este principio, y resumir mi análisis; pero quiero completar mi triunfo sobre la materia por un breve examen de los secretos de la palabra.

Es una ley del orden físico que los fenómenos varían constantemente con la variación de las causas, y que las mismas causas producen regularmente los mismos fenómenos: de donde se sigue que la palabra, no siendo desde el punto de vista físico sino una serie de sonidos articulados, debe producir, si no se dirige más que á la materia, que es una cosa puramente física, fenómenos diferentes, si varían los sonidos, y fenómenos semejantes si lo son los sonidos. Y no obstante ¡cosa rara! contradiciendo á toda ley, palabras perfectamente semejantes producen fenómenos completamente diferentes, y palabras completamente diferentes producen fenómenos perfectamente semejantes. Encuentro un francés que me pregunta: *Comment vous portez vous?* (¿Cómo sigue V.?) y le respondo: *Très-bien, je vous remercie*. (Muy bien, gracias;) se me acerca un inglés, y me dice: *How do you do?* (Cómo sigue V?) *Très-bien, je vous remercie*: viene un italiano y me pregunta: *Come sta?* (¿Cómo está V?) *Très-bien, je vous remercie*. Un alemán, un ruso, un cafre, un hotentote, llevarían la misma respuesta, si yo entendiese sus idiomas. ¡He aquí el gran negocio! Trátase de aprender

un idioma, es decir, de comprender la relación entre los signos y las ideas, cosa totalmente imposible á la materia. La materia recibirá todas las impresiones que queráis; pero su reacción, siendo medida por la impresión recibida, no podrá dar jamás la misma respuesta á signos diferentes, que producen impresiones diferentes. No es, pues, la materia la que responde á la palabra, sino un principio simple, que recibe la impresión de esa cosa inmaterial que se llama relación; el mismo principio comparador cuya intervención hemos comprobado en el juicio y en el raciocinio.

Otro ejemplo en que los fenómenos se producen en sentido inverso. He leído en cierta historia: «El Rey volvió á la capital, y allí murió.» Este *allí murió* me deja completamente insensible. Pero yo leo en Corneille:

«Uno contra tres, ¿qué queréis que hiciere?»

—Que muriese (1).»

Al instante siento latir mi corazón, estremecerse mis entrañas, y á mis ojos llorar. Estas dos palabras *que muriese* han conmovido todo mi sér, y penetrado hasta la medula de mis huesos. ¿Y por qué esto, señores? ¿Por qué estaba tranquilo poco antes, y ahora no puedo contener mi admiración? Las palabras *murió* y *muriese* tienen en francés las mismas letras, y la entonación no ha podido cambiar la impresión recibida, puesto que las he leído en silencio. El mismo órgano ha sido modificado de la misma manera, y ha debido producir en la masa cerebral la misma impresión. He aquí la materia cogida en flagrante delito de contravención á sus propias leyes. Explicad, si podéis, de otra manera este misterio, sin acudir á la acción de una fuerza trascendental que ve lo que no ve la materia, y os será imposible. Yo he visto alguna cosa en este *que muriese*. Sí; he visto una virtud grande en la más comprometida y terrible de las pruebas; he visto á un ciudadano amar más á Roma que al fruto de

(1) *Horace*, act. III, esc. 6.

sus entrañas; he visto el amor de la patria triunfando de un corazón paternal; he visto á un padre preferir á la deshonra la muerte del último hijo que le quedaba: he visto lo sublime. La materia no conoce esto, señores, porque lo sublime no es el sonido de la materia, sino el sonido de un alma grande.

He nombrado el alma; estabais esperando este nombre, y yo mismo no puedo ocultarlo por más tiempo. No: el río sagrado, el rayo luminoso, la música celeste de la palabra no desciende de las regiones de la materia para volver á la materia, sino del santuario del alma para volver al alma. No: la materia indiferente para la vida, exclusiva en sus impresiones, móvil, mudable, divisible, pasiva, esclava, irresponsable, no puede ser la fuerza viviente, subsistente, inmutable, simple, creadora, libre, responsable, revelada por la palabra. La vida, la subsistencia inmutable, la simplicidad, la inteligencia, la libertad, la responsabilidad, es el espíritu, es el alma humana.

¡El hombre habla! Es necesario que tengáis en cuenta este fenómeno, vosotros que os aplicáis al estudio de los fenómenos; que apartéis vuestra atención, hartos cansados de estudiar las funciones del cerebro, y que la dirijáis al efecto por vosotros atribuido á las funciones de ese órgano. No; yo no niego la participación de la materia en nuestras operaciones, áun en las más sublimes; luego veremos lo que hay sobre este punto; pero quiero que analicéis la palabra como analizáis los otros fenómenos, y pretendo que el decir después de ese análisis: «que el alma y sus facultados son el resultado de las funciones encefálicas,» es tan poco sensato y tan ridículo como el decir que el talento de un violinista es el resultado de cuatro cuerdas extendidas sobre una caja sonora, modificadas por la tensión de su longitud y heridas por un arco bañado de antemano en colofonia.

¡El hombre habla! ¿Necesito acaso de diferencias anatómicas ó fisiológicas para distinguirlo de la bestia? El solo dón de la palabra ¿no es acaso superior á todas las diferencias? El habla, descubre su interior, pone sus

ideas en comunicación con las de sus semejantes, hace promesas, juramentos, contratos, dicta leyes y funda instituciones, que modifica según las exigencias de los tiempos, de los lugares y de las circunstancias; crea tradiciones, añade á su experiencia la experiencia de las edades pasadas, se perfecciona, y perfecciona sus obras, y se eleva, en fin, hasta el principio y tipo de toda perfección, á quien adora é invoca. El animal, al contrario, no revela con sus gritos monótonos é inarticulados, sino instintos rebeldes á todo perfeccionamiento; tal como era en el principio, tal es ahora todavía. Por perfectas que sean sus obras, se reconoce en ellas la dirección de una inteligencia que no es suya, puesto que obra espontáneamente sin aprender nada, y sin adelantar jamás nada en lo que ha hecho siempre. Siempre son las mismas leyes las que presiden á su unión con sus semejantes, siempre las mismas necesidades, las mismas pasiones que le encadenan á la tierra, sobre la cual no alcanza á ver nada.

¡El hombre habla! Y doquiera que oiga una palabra, puedo decir: «He ahí un hombre.» El salvaje, que pretendís asemejar al bruto, os opone el abismo insondable del lenguaje. Lenguaje desfigurado, si queréis, pero lenguaje del cual puede hacerse una gramática, y donde se hallan expresiones reveladoras de la conciencia, de la inteligencia, de la libertad, de la responsabilidad, del espíritu, del alma humana. Vosotros decís: «El salvaje es un bruto perfeccionado,» y yo digo: «El salvaje es un hombre degradado,» y me apoyo en la experiencia, en la soberana experiencia que, según vosotros, decide de todo. ¿No habéis visto, en plena civilización, esos seres sin Dios, sin fe, sin ley, sin hogar, sin letras, sin entrañas, cuya fiera mirada parece amenazar á todo lo grande, y cuyas sucias manos están prontas para todo crimen? Todo lo esperan de la aventura; la mortandad regocija sus corazones, y el incendio de nuestras obras maestras es para ellos solemne fiesta: su ideal es la igualdad brutal de todos y la vida en perpetuo ocio. Y ¿quién lo creyera! éstos han salido de las filas del hombre civilizado. Si una

catástrofe los traslada a un bosque inhabitado, allí se convertirán en los peores salvajes del mundo. Para el hombre son una deshonra, y para el animal son una honra á que no podrá aspirar, por más que todas las fuerzas de la naturaleza le prestaran su concurso para alcanzarla. Y vosotros mismos, señores, en vano tratáis de rebajaros; vuestra palabra protesta, por sus habilidades mismas, contra las doctrinas abyectas á cuyo servicio queréis obligarla.

¡El hombre habla! Por más que hayáis hallado entre él y el bruto semejanzas de conformación y de desarrollo, ninguna de ellas nos hará olvidar la diferencia característica que le separa del resto de los vivientes. ¿Por qué os obstináis en ver monos antropomorfos allí donde no hay más que una transición ordenada por la sabiduría divina para unir las diferentes partes del universo? La progresión admirable y la compenetración amorosa de los seres, que hemos expuesto ya, ¿no os explican suficientemente las semejanzas y las afinidades de la naturaleza, sin necesidad de violar sus leyes?

¡El hombre habla! ¡Ah! dejadme escuchar el concierto de sus armoniosos labios. Este me enseña, mejor que vuestras investigaciones á mano armada, lo que es ese sér sublime, cuyos elementos separáis contra toda razón. La palabra tiene un cuerpo, el signo, y un alma, la idea; signo é idea, cuerpo y alma de tal suerte unidos, que no forman sino una sola cosa, que es la naturaleza humana entera, que se manifiesta y muestra en su más bella manifestación.

## II

Conocemos ya, señores, los dos elementos de que se compone la naturaleza humana; ambos se demuestran por la experiencia; la materia por la experiencia física, el alma por la experiencia racional. Los dos no forman sino un solo sér, una sola vida: *Et factus est homo in animam viventem*. Sin embargo, habéis podido convenceros, por la demostración precedente, que no son

iguales entre sí. Escuchad lo que dice Santo Tomás á este propósito: «Entre todas las formas, el alma es la más elevada por su nobleza; y en tanto sobrepaja á la materia, en cuanto tiene una potencia y una operación que de ningún modo pueden convenir á las sustancias corporales» (1). Antes de él, ya otros filósofos habían reconocido esta dignidad del alma humana. «No hay en el alma, dice Cicerón, ninguna mezcla ni composición, ni nada procedente de la materia ó formado de ella; nada que participe de la naturaleza del aire, del agua ó del fuego, porque en todo esto nada hay capaz de producir la memoria, ni la inteligencia, ni el pensamiento; nada que pueda recordar lo pasado, prever lo futuro ó abrazar lo presente. Jamás podrá averiguarse de dónde recibe el hombre estas cualidades divinas, á no ser que nos remontemos hasta el Sér increado. Por donde se ve que la naturaleza del alma es de una especie particular, y muy diferente de todas las cosas materiales que conocemos» (2). Y Platón, en uno de sus *Diálogos*, dice: «Todo lo que es corpóreo y sensible está sujeto á la mudanza, y no permanece nunca en un mismo estado. Las partes de que está compuesto se desprenden, se evaporan y se disipan continuamente; pero el alma es un sér simple, indivisible, inalterable... Se parece más bien á la belleza inteligible, inmutable y eterna, que á las cosas sujetas al dominio de los sentidos» (3).

(1) «Anima autem humana est ultima in nobilitate formarum. Unde in tantum sua virtute excedit materiam corporalem, quod habet aliquam operationem et virtutem, in qua nullo modo communicat materia corporalis. Et hæc virtus dicitur intellectus.» (Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 76, art. 1.)

(2) Nihil est animis mixtum, atque concretum, aut quod ex terra natum atque fictum, esse videatur; nihil ne aut humidum quidem, aut flabile, aut igneum. His enim in naturis nihil inest, quod vim memorie mentis, cogitationis habeat; quod et præterita teneat, et futura provideat, et complecti possit præsentia; que sola divina sunt. Nec invenietur unquam, unde ad hominem venire possint, nisi à Deo. Singularis est igitur quedam natura atque vis animi, sejuncta ab his usitatis notisque naturis. (Cicerón: *Tuscul.*, lib I, cap. xxvii.)

(3) Fedón.

Temía Platón, por respeto á esta belleza, su contacto con el cuerpo (1). Admite la existencia del alma en la naturaleza humana; pero el cuerpo, en lugar de ser una sustancia informada por el alma, no es sino un instrumento de sus operaciones; En el pensamiento de este filósofo, el cuerpo es una especie de carga, *un sepulcro, una cárcel, una cadena que tiene al alma atada á la tierra* (2). Aristóteles reprocha á su maestro esta ignorancia de las verdaderas relaciones de nuestros elementos constitutivos; y después de él toda la filosofía católica de la Edad Media ha expresado la unidad del compuesto humano en este principio, sancionado por la autoridad de un Concilio: *Anima est forma corporis* (3). «El alma es la forma sustancial del cuerpo.»

Este principio quedó envuelto, como tantos otros, en la universal reprobación con que fué herida la escolástica en el siglo XVII. Bajo el pretexto de oponerse á las vanas sutilezas, se menospreciaron verdades muy respetables; y respecto de la constitución de la naturaleza humana, se ha visto renacer al dualismo platónico. El alma está unida ciertamente al cuerpo, pero sólo como el viajero á la venta en que se halla de paso, como el jinete al caballo en que va montado; cada uno tiene su vida propia: el alma obra por su cuenta, y el cuerpo por la suya. Para explicar la evidente correspondencia de los fenómenos que aparecen simultáneamente en el cuerpo y en el alma—fenómenos de la sensación y del movimiento,—se inventó la *armonía prestabilita*, esto es, un conjunto de leyes divinas que causan el perfecto acorde que reina entre el

(1) «Cuando el alma se sirve del cuerpo para considerar cualquier objeto, ya por la vista, ya por el oído, ya por algún otro sentido, entonces es atraída por el cuerpo hacia lo que cambia sin cesar; se extravía y se turba, tiene vértigos como si estuviera embriagada para ser puesta en relación con las cosas que están en esta disposición.» (Fodon.)

(2) «La filosofía nos enseña que el alma está realmente encadenada y retenida por el cuerpo, como por una prisión desde donde contempla todos los seres.» (*Alcibad.*, fin.)

(3) Concilium Viennense, 1311.

alma y el cuerpo; ó las *causas ocasionales*, esto es, la acción de Dios que produce directamente una modificación del cuerpo, con ocasión de una modificación del espíritu; una modificación del espíritu con ocasión de una modificación del cuerpo; ó bien, finalmente, el *influjo físico*, esto es, una acción del alma sobre el cuerpo, ó del cuerpo sobre el alma, ejercida, ya inmediatamente, ó ya por medio de no sé qué *mediador plástico*.

Las dificultades de este dualismo, tan opuesto al sentimiento íntimo que tenemos de nuestra unidad, no podían menos de producir reacciones violentas. Vióse, pues, nacer al dualismo que, refugiándose en las alturas de la naturaleza humana, y contemplando desde allí la materia, creyó que no podía expresar mejor su desprecio que negando la existencia de toda sustancia corpórea. Por otra parte, el materialismo, armado de la experiencia científica, estudió el organismo, buscó su unidad, y creyendo que podía reducir á sus funciones todas las operaciones humanas, proclamó la existencia única de la materia.

Pero ved, señores, cómo la divina Sabiduría sacó bien del mal. La ciencia contemporánea, tan enemiga de lo que llama *antiguallas* de la Edad Media, nos conduce otra vez á ellas con sus investigaciones. No pudiendo llevar á cabo la demostración materialista que ha emprendido, porque el hombre opone á la causa divisible y necesaria, invocada por ella, actos simples y libres, atestigua, sin embargo, la maravillosa correspondencia del desarrollo de los órganos y de las facultades del alma, la concomitancia normal é invariable de las funciones orgánicas y de las funciones psíquicas; obra por medio de inyecciones, de ligaduras y disecciones sobre las fuerzas de la inteligencia y de la voluntad, y produce artificialmente la parálisis y la imbecilidad; probando así experimentalmente esta verdad proclamada por la antigua escuela católica: «El hombre es un solo sér, una sola vida, porque el alma es forma del cuerpo.» *Anima est forma corporis*.

El alma es forma del cuerpo; esto es, señores, que

le comunica, no su manera de ser, puesto que es simple y el cuerpo compuesto, sino su sustancia; da el sér al cuerpo, y resulta de los dos un solo ente completo, de tal suerte, que la sustancia del compuesto humano es la misma que la del alma humana (1). El mismo hombre es el que vegeta, el que siente, el que se mueve, el que piensa, el que quiere y el que obra libremente. Haced del alma un agente separado ó parcial, un simple motor, por ejemplo, y la unidad desaparecerá completamente. Yo me engaño á mi mismo cuando digo: «Yo pienso, yo siento;» pues debería decir: «Una inteligencia entiende, y un cuerpo siente» (2). El yo, expresión de mi unidad, no es verdadero si el alma no recibiera al cuerpo á la participación de su propio sér, formando así un solo sér, que es el hombre, una sola sustancia, que es la sustancia humana (3).

(1) «Anima illud esse in quo subsistit communicat materia corporali: ex qua et anima intellectiva fit unum: ita quod illud esse quod est totius compositi est etiam ipsius anima.» (Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 76, arts. 1 y 5.)

(2) Respondeo dicendum, quod necesse est dicere, quod intellectus, qui est intellectualis operationis principium, sit humani corporis forma. Illud enim, quo primo aliquid operatur, est forma ejus, cui operatio attribuitur. Sicut quo primo sanatur corpus, est sanitas, et quo primo scit anima, est scientia. Unde sanitas est forma corporis, et scientia animo. Et hujus ratio est: quia nihil agit, nisi secundum quod est actus. Unde quo aliquid est actus, eo agit. Manifestum est quod primum, quo corpus vivit, est anima. Et cum vita manifestetur secundum diversas operationes in diversis gradibus viventium, id, quo primo operantur unumquodque horum operum vite, est anima. Anima enim est primum, quo nutrimur, et sentimus, et movemur secundum locum; et similiter quo primo intelligimus. Hoc ergo principium, quo primo intelligimus, sive dicatur intellectus, sive anima intellectiva, est forma corporis. Et hæc est demonstratio Arist. in 2 *De Anima* (text. 24, tom. II). Si quis autem velit dicere, animam intellectivam non esse corporis formam, oportet, quod inveniat modum quo ista actio, que est intelligere, sit hujus hominis actio. Experitur enim unusquisque seipsum esse, qui intelligit... Ipse idem homo est qui percipit se intelligere et sentire. (Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 76, art. 1.)

(3) Anima habet esse subsistens... et tamen ad hujus esse communionem recipit corpus, ut sic sit unum esse animæ et corporis quod est esse hominis. (S. Thom.: Opusc., *De spiritu creato*, art. 2.)

Esta sustancia es la misma en toda la especie, y cada individuo la posee en propiedad, porque el alma se multiplica según la multiplicación de los cuerpos. Si un solo principio vital se extendiera á todos los individuos de la especie humana, la humanidad no sería más que un solo hombre, y la distinción de los fenómenos de la conciencia, lo mismo que la diversidad de los fenómenos intelectuales, no serían más que una extravagancia, un absurdo viviente (1).

Múltiple en la especie humana, el alma es sola ó inmediata forma del cuerpo que anima. No necesita otra alma vegetativa, ni sensitiva, ni formas subalternas, que multiplicarían el ente y la sustancia, allí donde no debe haber sino un solo ente y una sola sustancia. Ella contiene de una manera eminente toda la virtud de las formas imperfectas, y obra por sí sola todo lo que éstas obran separadamente en los reinos inferiores de la creación (2). Subsistente, vegetativa, sensitiva ó intelectiva, una y armoniza en sí misma todas las vidas, sin confundirlas. El cuerpo se somete directamente á su acción; pues un intermedio cualquiera no haría más que desear, sin explicarlo, un misterio que es preciso aceptar, porque se encuentra en todos los puntos del universo; quiero decir, el misterio de la acción de lo simple sobre lo compuesto. Dios creador de la materia, los ángeles, ministros de Dios en el gobierno del mundo, no son menos admirables é incomprensibles que el alma como forma del cuerpo (3).

El alma humana existe sola en el cuerpo; pero ¿dónde reside? ¿No tiene un trono desde donde manda,

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 76, art. 1: *Utrum intellectivum principium multiplicetur secundum multiplicationem corporum?*

(2) Nulla alia forma substantialis est in homine, nisi sola anima intellectiva; et ipsa sicut virtute continet animam sensitivam, et nutritivam, ita virtute continet omnes inferiores formas, et facit ipsa sola quicquid imperfectiones formas in aliis faciunt. Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 76, art. 8: *Utrum præter animam intellectivam sint in homine aliæ animæ per essentiam differentes?*

Art. 4: *Utrum in homine sit alia forma præter animam intellectivam?*

(3) Cf. *Ibidem*, arts. 6 y 7.

un centro desde donde comunica la vida?—No; está toda entera en todo el cuerpo y en cada una de sus partes. No sólo establece el orden de su construcción magnífica y de su delicado mecanismo, sino que conserva hasta los menores elementos: causa la perfección del todo y la perfección de las partes. Por consiguiente, existe en todas y en cada una de las partes; no según la totalidad de su virtud, que no ejerce toda entera en cada división del organismo; porque aquí respira, allí palpita; aquí ve, allí oye; aquí se mueve, allí piensa; sino según la totalidad de su perfección y de su esencia (1). Y como sus vuelos la transportan más allá de los tiempos y de los mundos creados en las misteriosas é incommensurables regiones de lo pasado, de lo porvenir, de lo posible y de lo inteligible, sin abandonar la materia que anima, puede decirse, con Santo Tomás, que el alma contiene al cuerpo, más bien que el cuerpo al alma (2).

Su presencia en el cuerpo es activa en un grado eminente: no solamente anima el cuerpo, mas también lo crea en cierto modo, puesto que su virtud única desde un punto imperceptible en que la vida se concentra—en el óvulo,—hace germinar todos sus miembros y todos sus órganos (3); su fuerza plástica lo nutre, lo aumenta, y lo hace hábil para reproducirse por medio de la generación; su fuerza sensitiva localiza y distribuye sus sentidos (4); su fuerza intelectual

(1) «Substantialis forma non solum est perfectio totius, sed cujuslibet partis... Anima vero est forma substantialis. Unde oportet quod sit forma et actus non solum totius sed cujuslibet partis... Tota est in qualibet parte corporis secundum totalitatem perfectionis et essentie, non autem secundum totalitatem virtutis, quia non secundum quamlibet suam potentiam est in qualibet parte corporis.» (Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 76, art. 8.)

(2) Magis anima continet corpus et facit ipsum esse unum quam e converso. (Cf. *Ibidem*, art. 3.)

(3) Manifestum est quod primum, quo corpus vivit ex anima. (Cf. *Ibidem*, art. 1.)

(4) Véase la *Summa* de Santo Tomás, I p., q. 78, art. 2: *Utrum convenienter partes vegetative assignentur, scilicet, nutritivum, augmentativum et generativum?* Art. 3: *Utrum convenienter distinguantur quinque sensus exteriores?*

y libre amolda las líneas y los graciosos contornos de la fisonomía. Escultor sufrido y constante, el alma invisible desde el interior en que obra, forma su imagen visible. Comunica á la frente la majestad y serenidad de sus pensamientos, y hace resaltar sobre el cráneo sus facultades superiores. El ojo refleja la autoridad de sus órdenes, y se ilumina con el fuego de sus pasiones. Sus labios inmóviles ó entreabiertos expresan su fortaleza y su paciencia, su dulzura y su bondad. El conjunto de sus facciones, su movilidad, su flexibilidad, su expansión, su calma, su rigidez y la actitud general de la conformación misma de su cuerpo, llevan el sello de sus hábitos morales, que constituyen el carácter individual. En una palabra; el cuerpo es obra del alma, una estatua viviente, animada por su mismo escultor, que se perfecciona ó se envilece con él, y representa al vivo la abyección, igualmente que la nobleza de su autor. Un hábil observador puede descubrir aquí los misterios de nuestra vida íntima, y un espíritu versado en la ciencia de las conjeturas puede adivinar lo porvenir.

El alma es la forma del cuerpo. Este principio, que nos presenta tan al vivo la unidad del compuesto humano, es fecundo en consecuencias especulativas y prácticas. Necesitaría un discurso entero para desenvolverlas; pero ya que no tengo tiempo sino para exponerlas brevemente, os invito á que las desarrolléis vosotros mismos en vuestras horas de reflexión.

Meditad, pues, estas palabras de la Escritura: *Factus est homo in animam viventem.* «El hombre está dotado de una sola alma viviente.» Esto quiere decir que la materia, elevada sobre sí misma, participa en nuestra persona de los honores del pensamiento y de la virtud; quiere decir también que el alma obra juntamente con la materia; que no puede prescindir de su ministerio, ni sustraerse enteramente á sus influencias, y que su perfección natural depende de su unión con el cuerpo (1). Sin duda que Dios puede obrar fue-

(1) Anima cum sit pars humane nature non habet natura-

ra de las leyes establecidas, é imprimir en el alma sus propios pensamientos, y atraerla de tal manera á su amor, que no sienta ya la esclavitud de la carne; sin embargo, cuando contraviene al orden establecido, no lo destruye.

Mas el orden establecido es que el hombre sea uno en sus operaciones, como es uno en su subsistencia; luego el alma obra mediante los órganos. Recibe de la materia animada, como queda dicho más arriba, impresiones con cuyo auxilio crea las imágenes, y se eleva de lo particular á lo general, de lo sensible á lo inteligible (1). Conocer, pensar, no es entregarse á una pura contemplación, sino realizar un acto mixto, que puede perfeccionarse con la perfección de un órgano, y alterarse por un accidente orgánico (2). Tanto en el orden moral como en el orden intelectual, necesita el alma de la materia: así lo demuestran las muchas debilidades y apetitos desordenados de que la virtud se resiente. Por eso, señores, nada hay más verdadero ni más práctico que esta máxima de los antiguos: *Mens sana in corpore sano*. «El alma está en un cuerpo sano.»

Tened en cuenta, vosotros que tenéis el cargo de juzgar á vuestros semejantes, y sed tanto más severos ó misericordiosos, según que el equilibrio de una naturaleza sea más ó menos estable. Tenedla en cuenta vosotros, á quienes confiamos el tesoro inestimable de nuestra salud. No manejeís el cuerpo con mano ciega y brutal, sino preguntad al alma si con impresiones demasiado vivas y con agitaciones desordenadas ha provocado las crisis contra las cuales nada pueden vuestros remedios, mientras no se quite la causa moral. Un médico materialista é impío puede ser, sin quererlo, un verdugo. Tened en cuenta la uni-

em perfectionem nisi secundum quod est corpori unita. Unde non fuisset conveniens animam sine corpore creari. (Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 90, art. 4.)

(1) Cf. *Ibidem*, q. 84: *De cognitione anima respectu corporalium*.

(2) Cf. *Ibidem*, I p., q. 84, art. 8: *Utrum iudicium intellectus impediatur per ligamentum sensus?*

dad humana, y esta máxima práctica: *mens sana in corpore sano*. Maestros y directores de la juventud, disciplinad la carne, reprimid el ímpetu de sus pasiones, y preservad al alma; pero antes de impacientaros contra las rebeliones de las inteligencias y de las voluntades infantiles, mirad si existe alguna enfermedad corporal que curar. No debilitéis los cuerpos rindiendo á unas tiernas almas con excesivos trabajos intelectuales que obran de una manera funesta, y algunas veces mortal, sobre unos órganos que se están desarrollando todavía. Tened todos en cuenta, señores, vuestra naturaleza y su armonía. Por respeto á vuestro cuerpo, guardaos de ambiciones y de odios febriles; por respeto á vuestra alma, guardaos de placeres vergonzosos. Un alma demasiado apasionada gasta muy pronto la vida; una carne demasiado regada, la ahoga: y el alma que se sirve de este instrumento deshonrado, cae fatalmente en la impotencia y en la imbecilidad. Finalmente, tened en cuenta, sobre todo, vuestro origen divino. Vuestra naturaleza en sus elementos y en su unidad es un artefacto de Dios: *Dei edificatio estis*. ¡Respetad, pues, la obra de este gran Maestro! Decid con el santo Job: «Señor, tus manos han formado mi cuerpo, y distribuido todas sus partes.» *Manus tue fecerunt me et plasmaverunt me*. «Tú lo has revestido de carne y de piel, y lo has fortificado con huesos y nervios.» *Pelle et carnisus vestisti me; ossibus et nervis compegisti me*. «Tú me has dado la vida y tu providencia ha guardado mi espíritu.» *Vitam dedisti mihi... et visitatio tua custodivit spiritum meum* (1). Ahora «bendice al Señor, alma mía, y todo lo que hay en mí ensalce su santo nombre.» *Benedic, anima mea, Domino, et omnia que intra me sunt, nomini sancto ejus* (2).

(1) Job, cap. x, vers. 8, 11 y 12.

(2) Psalm. cii.